

La dimensión social *del trauma* PSICOLÓGICO

Leticia Cufre Marchetto



La conceptualización misma de trauma psicológico cuestiona **la visión, por no hablar de la ideología**, que se tenga respecto a la inscripción de eventos en el aparato psíquico o a la articulación entre lo que se considere intra o intersubjetivo.

Leticia Cufre Marchetto es investigadora en el Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la UV.

Desde la época en que hice mis estudios universitarios en Psicología me atraían los cursos de ciencias sociales (sociología, antropología, psicología social) aunque, finalmente, opté por la formación en clínica psicoanalítica. Muchos años de práctica profesional, con técnicas individuales y grupales e intervenciones psicosociales con poblaciones que sufrieron diversas formas de violencia (guerras, terrorismo de Estado, represión política) y de catástrofes sicionaturales (terremotos, inundaciones) me dejaron la impresión de que mi trabajo se podía mejorar si incorporaba conceptos y técnicas que se consideraban propios de las ciencias sociales, así que me dediqué a explorar más sistemáticamente ese campo de conocimiento, con la expectativa de ampliar mi comprensión de los padecimientos humanos y con la ilusión de hacer intervenciones más eficientes, sobre la base de un abordaje interdisciplinario. Además, era imposible comprender el campo de problemas relacionado con la producción social de subjetividades y con la formación de traumas, individuales y colectivos, desde una única disciplina. La conceptualización misma de trauma psicológico cuestiona la visión, por no hablar de la ideología, que se tenga respecto a la inscripción de eventos en el aparato psíquico o a la articulación entre lo que se considere intra o intersubjetivo.

Es un buen campo de investigación psicoanalítica si tomamos la famosa frase de Freud (1921: 67):

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo.

Si nos preocupan estas cosas podemos hacer investigaciones de campo, etnográficas, sobre lo que pasa con comunidades que han tenido que soportar violencia social, terremotos, neoliberalismo y otras catástrofes. O, definitivamente, podemos dejar de lado peleas territoriales sobre áreas de competencia encubiertas por falsas antinomias como cuerpo-mente, individuo-sociedad y otras por el estilo, y hacer interdisciplina. No es un camino fácil: en las comunidades científicas se suele hablar mucho de inter o trans disciplina, pero al mismo tiempo se suele encontrar tenaz resistencia cuando se pretende implementarla.

Hablo de interdisciplina y no de multidisciplina, con la idea de que los campos disciplinarios son como territorios artificialmente separados, por lo cual, cuando hacemos interdisciplina nos ubicamos en los puentes y desde allí construimos herramientas teóricas o técnicas adecuadas al objeto de investigación o intervención, no constreñidas a los límites de cada campo.

Es decir, los cortes son siempre más o menos arbitrarios, producidos por la mirada o el interés de quien investiga, pero la realidad es tenaz y se nos impone

Las prácticas sociales violentas impactan como modalidades de fragmentación de lo social o, al menos, inciden en la ruptura de los contratos explícitos o implícitos que operan como garantes de toda sociabilidad, o como una invasión del “sinsentido”.

siempre, sobre todo cuando se trata de analizar experiencias en el límite.

Los límites o bordes tienen que ver con experiencias extremas relacionadas con las amenazas a la vida o a la integridad de las personas. En situaciones de este tipo, llamamos al registro de memoria, sólo haciendo referencia a que se guardan representaciones del evento, pero esto que llamamos así suele tener características diferentes a las que, en general, llamamos de memoria individual o colectiva. Tanto la percepción y la fijación del estímulo como la preservación y, sobre todo, la recuperación de las huellas son diferentes a las habituales. Nos referimos a la diferencia entre recordar, representar y revivir, repetir. En este segundo caso no es posible llevar una imagen o una palabra voluntariamente a la conciencia. Sin embargo, pueden invadir al sujeto imágenes visuales, auditivas, olfativas que no pueden ser orientadas o dirigidas, a veces ni siquiera interpretadas.

Jeanine Puget (2000) aporta una valiosa descripción del traumatismo social que se produce cuando un evento afecta a un colectivo. Según ella, el evento, al introducir imperativamente una interrupción en las modalidades de intercambio social, modifica las modalidades subjetivas, de modo tal que éstas sólo cobran significado en función de ese evento. A partir de ese momento se impone un “hacer”, generalmente en función de algo que tiene que ver con lo imprevisible. Cuando esto sucede, algunos miembros de ese colectivo cuestionan su pertenencia a él y/o se producen diversas formas de desorganización individual e institucional, o formas de adaptación muy rígida, que repercuten en el congelamiento de ciertas organizaciones sociales y las hacen vulnerables.

Las prácticas sociales violentas impactan como modalidades de fragmentación de lo social o, al menos, inciden en la ruptura de los contratos explícitos

o implícitos que operan como garantes de toda sociabilidad, o como una invasión del “sinsentido”. A esta afectación se corresponde la fragmentación subjetiva y grupal de las creencias, vía la pérdida de soporte institucional o por deficiencias de la oferta social de modelos identificatorios. Entendemos así lo que algunos llaman desocialización, palabra que no nos convence del todo, porque casi siempre lleva una cierta carga semántica devaluatoria respecto a quienes sufren el proceso. Se puede leer también como un desconocimiento de las diferencias existentes entre la propia socialización y la de otros, ya se trate de otras generaciones u otras culturas.

En todo caso, en condiciones extremas como las mencionadas, los colectivos pierden la potencia que se basa en la aceptación de la diversidad y suelen presentar afectaciones en su capacidad de pensar, lo que también ocurre con los individuos. La recuperación sólo es posible cuando se pueden crear o inventar nuevas maneras de pensar y nombrar lo sucedido y de hacer algo a partir de lo que se comprendió de dicho evento. Poder nombrar es el inicio de la simbolización y, en este caso, facilitará el pasaje de la memoria traumática a la memoria activa.

Veamos un ejemplo en Centroamérica, de alguien que supuestamente no pertenece ni al campo de la psicología ni al de las ciencias sociales, pero que es capaz de restaurar el tejido social. Preocupada por encontrar estrategias exitosas para actuar en estos casos recurrí a una amiga de Nicaragua que, para mi gran sorpresa, me conectó con un comandante de la policía, de la Dirección de Asuntos Juveniles, al que le pedí información sobre cómo operan con estos jóvenes y que amablemente me respondió por escrito. Transcribo parte de su carta:

Como institución policial contamos con un modelo de intervención psicosocial, que involucra a todos los actores que convergen en intereses comunes para cambiar un evento (la violencia); es de destacar que el análisis del grupo-meta es importante, puesto que para cada persona y grupo la atención directa es diferenciada.

Utilizamos un modelo al cual hemos denominado ‘ecológico’, donde estudiamos al individuo y los factores psicológicos que pueden estar afectando directamente en esa etapa. Los adolescentes y jóvenes son rebeldes a la autoridad, puesto que no se identifican para nada con el mundo de los adultos, pero acá está un secreto: hablarles en el mismo lenguaje que ellos comprenden y descifran, permitiendo ganarse la confianza, aunque nunca olvidar que, como adultos, se nos debe respeto.

Posteriormente, estudiamos la relación del joven con su familia y sus amistades. En la mayoría

de los casos hemos detectado que provienen de familias disfuncionales, que existe violencia en el seno familiar, la ausencia de una de las figuras claves y, sumado a esto, la falta de nivel educativo de los padres influye en su comportamiento. Por otro lado, sabemos que existen adultos que deforman la educación del joven con propósitos ilícitos, haciéndoles seguir un patrón de conducta que no se asemeja en nada a la realidad donde ellos viven.

El comportamiento violento se puede revertir. Estos chicos de conductas violentas pertenecen a una comunidad, y los más interesados en que las cosas cambien son las personas que los rodean. Estos adultos que los han visto crecer, desarrollarse, alcanzar victorias y también acompañarlos en las derrotas, son personas claves para que el joven cambie. Y por último, los socios claves en esta gran empresa, todos los actores sociales económicamente activos que puedan contribuir en el impulso de campañas, concursos para descubrir nuevos talentos, competencias deportivas, convivencia familiar acompañada de temas de liderazgo, autoestima, violencia intrafamiliar y sexual, orientación espiritual, prevención del consumo de drogas, alcohol y tabaco, etcétera. Es un trabajo arduo que al final de ocho, a veces nueve meses, ves los resultados y los cambios, y los mismos líderes que son atendidos en los grupos serán una cantera para hacer el cambio en los demás. Se busca formar una figura nueva en la cadena, pero ya no ocupa el mismo espacio que antes, puesto que el movimiento lo sacó de su posición original y jamás ocupará ese mismo espacio, estará cercano, pero nunca en el mismo lugar.

Los temas esbozados no se agotan en lo dicho. Sin embargo me gustaría actualizar las razones que tengo para regresar a estas historias y estos temas. En primer lugar, la violencia social en México, en nuestra ciudad, en nuestra colonia, nos plantea la exigencia de comprometernos con nuestra realidad. Una manera de hacerlo es desde nuestro trabajo como académicos o terapeutas. En segundo lugar, la reflexión se enfrenta a una tendencia que pretende orientar las búsquedas teóricas en el primer mundo. En ese sentido, las brechas que existen en nuestra cultura no están cubiertas, sino exacerbadas, por una cierta modalidad de globalización. Por eso es bueno recordar lo que dice Boaventura de Sousa Santos (2009): “Nunca la disonancia, la discrepancia entre teoría crítica y teoría política de emancipación ha sido tan grande como en la actualidad”, con lo cual se refiere a que la teoría suele producirse en el primer mundo, mientras que en el



Iris Aburto: de la serie *Homo natura*, 24 (técnica mixta)

caso de las prácticas innovadoras en el tercer mundo: “...hay una invisibilidad recíproca dentro de una práctica cada vez más subteorizada y una teoría que parece irrelevante para las prácticas novedosas que están ocurriendo en nuestros países”. Se refiere a las ciencias sociales, no sé si incluye al psicoanálisis, pero creo que incluirlo no vendría mal a los psicoanalistas, ni a los estudiosos de la subjetividad en general. 🇵🇷

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, Sigmund. “Psicología de las masas y análisis del yo”, Sigmund Freud. *Obras Completas*. vol. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1921.
- Puget, Janine. “Traumatismo social: memoria social y sentimiento de pertenencia”, *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Bs. As.* vol. XXII, núm. 2, *Violencia Visible e Invisible*, Buenos Aires, 2000.
- Santos, Boaventura de Sousa. *Pensar el Estado y la sociedad: desafíos actuales*. Clacso/Waldhuter, Buenos Aires, 2009.